

RAFAEL CAÑADILLAS (ALIAS DEMARÓ), *LAS CAMPANAS DE MATEO*, SANTA CRUZ DE TENERIFE, EDITORIAL ESCRITURA ENTRE LAS NUBES, 2018, 54 pp.

JUAN CARLOS ABRIL  
Universidad de Granada

Un poeta debe poseer una cualidad ante todo, el don del ritmo, la música interna que lo lleva y lo trae, que lo acuna, para extraer de la poesía el poema. Me refiero a ese «himno gigante y extraño» que nos vuelve absortos con nuestro mundo. Además, todo poeta debe poseer un niño dentro, esa mirada de niño, sincrética y capaz de congeniar los territorios más dispares, que nos renueve desde el asombro y la identificación, desde la ingenuidad. Estas dos cualidades imprescindibles para un poeta, junto a la hiperestesia, crearon «esa adicción a la poesía, a la belleza de la conjugación, al silencio de la creación, y a la autodefinition de la vida». *Las campanas de Mateo*, escrito por Rafael Cañadillas (Córdoba, 1967), alias Demaró, tiene todas las virtudes que se le puedan pedir a un primer libro, el equilibrio arquitectónico de su estructura, junto a los pruritos barrocos de sus volutas lúdicas, sus juegos de palabras y deseos de superación. Una «combinación de moderación y cierto desenfreno» para alguien que siempre fue de centro, a pesar de sus excentricidades. Con lo que se enmarca el centro en sus márgenes, ya que sin el centro es imposible cartografiar los márgenes, y viceversa. La conciencia de una otredad, en el fondo, nos dibuja. El propio autor define de la siguiente manera su libro: «Desde el origen y de principio a fin solo muestra sentimientos, tal vez naifs y sencillos, que representan la figura autobiográfica de una vida. [...] La lágrima a punto de salir, la ira hacia un impulso injustificado, la pasión del amor o el sentirme perplejo cuando encuentro personas, paisajes o muestras culturales de toda índole. [...] Escribir poesía es mucho más que desnudarse, que una confesión, es la transmisión de la verdad en su esencia [...]». Como observamos, en esta suerte

de autocrítica el poeta reflexiona sobre el hecho de escribir y sobre la labor que le ha llevado a publicar su primer poemario. Es interacción con el otro, como estímulo, y de la naturaleza, sus principales referentes, y no aspira a nombrar nada que no se pueda nombrar, siguiendo el planteamiento del pensamiento wittgensteiniano, sino acercándose al «Todo ángel es terrible» rilkiano, al temor y al temblor de la poesía. El poeta aspira a tocar la realidad fenomenológica a través de las palabras, sabedor de que la palabra crea la realidad, la funda, y es su señal o signo fónico, o gráfico. El poeta, capaz de representar esa realidad con sus palabras, debe desentrañar la selva de una realidad inescrutable. La poesía está en cualquier lugar, podríamos resumir; el poeta debe dedicarse a extraerla. Y el poeta, que sabe que la poesía no sirve para nada, sin embargo sí sabe que puede servir, por ejemplo, para ligar con una chica, aparte de extraer del interior del uno mismo esas emociones que solo con poesía se pueden expresar. No en vano los «Poemas de amor» ocupan el primero, y el más importante y extenso, de los tres bloques, junto a los «Poemas de tierra» y «Poemas de libertad». Diez composiciones, frente a cinco y cinco de las otras dos. La poesía es un lugar del que partir, nunca de llegada, y así comienza el autor, que no evade una perspectiva lúdica en el «Poema I. ¿Cómo se escribe un poema?», y que se construye como una poética o catálogo de intenciones, que igual podríamos leer en vertical u horizontal, dotando al conjunto de mayor dinamismo.

Los poemas de amor de este bloque vienen, como diría Fernando Ortiz, de la estirpe becqueriana, y tienen el impulso de perdurar a pesar de las contingencias del presente, pasado o futuro: «Solamente quisiera / tenerte en mis brazos siempre». La poesía y el amor deben perdurar, como en el «Poema X. Más allá de la muerte», que nos recuerda al «Amor más poderoso que la muerte»: «Más allá de la muerte, / antes de la eternidad, / y en el rincón del olvido, / allí estaré, esperando, soñando contigo». El poeta planea sobre la muerte, y es la poesía el vehículo que le ayuda a volar: «Volaré solo cuando llegues y te entregaré / los tiempos presentes y eternos [...] Y volaré y volaremos. / Todo será etéreo, todo inmenso, todo amor.» El poeta sabe que el amor, como la poesía, que van de la mano, son misterio, y se pregunta por lo que lo constituye como tal, respondiéndose que «Será la química la única responsable, / será la soledad o será el saber que sabes lo que me sabe, / será la luz o, simplemente, no será nada.» Para acabar con la esperanza: «No lo sé, pero será; espero que sea.»

No voy a dejar de señalar algunos aciertos en las imágenes, como «Llevas, ausente, un cascabel en tu boca», en el lúdico «Poema IX. Ella, la del chat», que viene más que a representar una situación ampliamente común, el hecho de chatear y ligar virtualmente con alguien, sino a dejar constancia del juego que es la vida. Un poco antes, en el «Poema VIII. En el acto», se realiza un brindis, junto a los mejores deseos, y en general un canto

donde se afirma que «El amor es el mejor y más bello sentido» («Poema VII. El amor»), siendo consciente de que, como cualquier cosa, es inestable, no hay nada eterno, y se mantiene «En la cuerda floja» (Poema VI): «Ahogado por la esperanza / de que su amor / me ayude a volar / o por su amor pierda las alas.». El poeta, como Ícaro, pretende volar hacia el sol, y no tiene miedo de que sus alas, que son de cera, se fundan en su intento. Lo importante es la intención, se suele decir. De hecho, el amor es una paradoja, un limbo en el que vagar, y se desvela en varias composiciones, como en el «Poema V. Scheherazade»: «Un purgatorio se cierne en mí / en cada objeto, cada palabra, / y cada recuerdo / que trae su presencia.»

Los «Poemas de tierra» conectan con lugares concretos, también lugares amados, como son Málaga, Córdoba (de donde es el autor, ciudad con la que mantiene una relación amor/odio: «presumo de ti, con nombre y apellidos / y de ti huyo / para no hundirme en tu triste pesar»), Bandiagara (en Mali), Jerusalén, o Las Riquelas, un paraje de Tenerife. Se va completando así el mapa del poeta, porque la poesía se escribe sin mapa pero con brújula, destino a la última sección, «Poemas de libertad», que se concibe como lugar de encuentro, de suturas y de duelo, libertad bajo palabra, que diría Octavio Paz, y que define ese territorio que venimos delimitando, y

que no por casualidad es, en el caso de la libertad, el hábitat natural de los poetas y en general del sujeto contemporáneo. De los tres paradigmas de la Revolución Francesa, la fraternidad fue la última en unirse al lema, y la primera en caer. La igualdad fue la siguiente, dada la fractura social existente tras la Comuna, una vez fracasada. Nos queda la libertad, por la que se ha luchado durante todo el siglo xx, junto a la razón, quizá como entelequias. Aquí se dan cita homenajes in memoriam, como el «Poema XVIII», donde quizá podamos leer los versos más duros: «La predestinación del ser humano nos acongoja y nos reduce a lo más insignificante, pero a la vez, nos mete prisa para lograr aquello que consideramos importante, / nos catapulta hacia el esfuerzo y la nada, y también nos hace ser conscientes de la gran solemnidad que tiene el amor, en el hoy, en el siempre.». Y el homenaje final a Miguel Hernández, en el que el poeta pide perdón por ser como es, por ser testarudo, y por no cejar en su empeño. No voy a desvelar más cosas del poemario, e invito desde ya a leerlo, pero quiero agradecer a Rafael Cañadillas, alias Demaró, su libro, porque sabe que la poesía no sirve para nada, como quería José Agustín Goytisolo, pero sirve para todo. O como Miguel Hernández. Gracias, Rafa, amigo poeta, por este libro excelente, por tus versos entrañables, y por no dejar de ser testarudo, como tantos poetas que admiras y admiramos.